

Melanie Joy

**Por qué amamos
a los perros,
nos comemos
a los cerdos
y nos vestimos
con las vacas**

Una introducción al carnismo



Primera edición en español: 2013.

Título original: *Why we love dogs, eat pigs and wear cows.*

Primera edición en inglés: 2010. Publicado por la editorial Conari Press en Estados Unidos.

Traducción: Montserrat Asensio Fernández

Revisión: Olga Cadenas Delgado

Coordinadora de traducción: Audrey García

Colección *LiberÁnima*. Directores: Sharon Núñez, José Valle y Javier Moreno.

© Melanie Joy, 2011

© Plaza y Valdés Editores, 2013

Derechos exclusivos de edición reservados para Plaza y Valdés Editores. Queda prohibida cualquier forma de reproducción o transformación de esta obra sin previa autorización escrita de los editores, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los beneficios de este libro son destinados a Igualdad Animal.

Plaza y Valdés, S. L.
Murcia, 2. Colonia de los Ángeles.
28223, Pozuelo de Alarcón.
Madrid (España)
☎: (34) 918625289
e-mail: madrid@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.es

Plaza y Valdés, S. A. de C. V.
Manuel María Contreras, 73. Colonia San Rafael
06470, México, D. F. (México)
☎: (52) 5550972070
e-mail: editorial@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.com.mx

ISBN: 978-84-16032-01-3

D. L.: M- 34402-2013

Diseño de cubierta: Manuel Fernández (MF)

*A los testigos, allá donde estéis.
Vuestra mirada nos mostrará el camino.*

PLAZA Y VALDES

P

Y

V

EDITORES

*Podemos medir la grandeza y el progreso moral de una nación por
el modo en que trata a sus animales*

PLAZA Y VALDES

MAHATMA GANDHI

P

Y

V

EDITORES

Índice

PRÓLOGO.....	11
AGRADECIMIENTOS.....	15
CAPÍTULO UNO. ¿PARA AMAR O PARA COMER?.....	17
CAPÍTULO DOS. EL CARNISMO: «LAS COSAS SON ASÍ»	29
CAPÍTULO TRES. CÓMO SON LAS COSAS <i>EN REALIDAD</i>	43
CAPÍTULO CUATRO. DAÑOS COLATERALES: LAS OTRAS VÍCTIMAS DEL CARNISMO	77
CAPÍTULO CINCO. LA MITOLOGÍA DE LA CARNE: JUSTIFICACIÓN DEL CARNISMO.....	99
CAPÍTULO SEIS. LAS LENTES DEL CARNISMO: INTERIORIZAR EL CARNISMO	119
CAPÍTULO SIETE. DAR TESTIMONIO: DEL CARNISMO A LA COMPASIÓN	139
GUÍA PARA EL GRUPO DE LECTURA DEL LIBRO.....	155
RECURSOS	161
NOTAS	169
BIBLIOGRAFÍA.....	183
ÍNDICE ANALÍTICO Y DE NOMBRES.....	203

Prólogo

PLAZA Y VALDES

Hay algo que siempre me ha costado entender. A muchos de nosotros; no, mejor dicho, a la mayoría de nosotros nos gustan los animales. Aunque hay algunas personas que no, la gran mayoría adoramos a los perros, los gatos y la fauna salvaje que enriquece nuestras vidas.

Muchos de nosotros disfrutamos de la compañía de animales. Los llamamos «mascotas» y les tratamos como a miembros de nuestra familia; pagamos su comida y las facturas del veterinario, les dejamos dormir en nuestra cama y lloramos cuando mueren. Establecemos con ellos relaciones que nos enriquecen profundamente como seres humanos. ¿De dónde surge este vínculo? ¿Por qué nos conmueven tanto? ¿Es porque nuestros compañeros animales nos llegan al corazón y fomentan una intimidad de valor incalculable?

Me llena de agradecimiento que, como seres humanos, podamos establecer vínculos tan importantes y satisfactorios con criaturas de otras especies. Estoy convencido de que esta capacidad es uno de los factores principales que hacen del ser humano algo tan extraordinario.

Sin embargo, hay una pregunta que me quema el alma; es esta: ¿por qué queremos tanto a nuestros animales de compañía, a los que llamamos «mascotas» y con quienes forjamos relaciones

que aumentan nuestra calidad humana; pero al mismo tiempo llamamos «comida» a otros animales y, en virtud de esa distinción semántica, nos creemos con derecho a tratarles con tanta crueldad como sea necesaria para reducir el precio por kilogramo?

Porque eso es lo que hacemos, literalmente. Por ejemplo, en los cincuenta estados de EE. UU. hay legislación que prohíbe el maltrato animal. Aunque la legislación concreta difiere de un estado a otro, hay un aspecto invariable: en todos y cada uno de los estados, la ley que prohíbe la crueldad con los animales deja al margen de la misma a los animales destinados al consumo humano. En todos y cada uno de los 50 estados, si criamos a un animal para obtener carne, leche o huevos, tenemos libertad para someter a ese animal a un trato y a unas condiciones que, de tratarse de un perro o de un gato, nos llevarían a dar con los huesos a la cárcel.

El resultado es que tenemos un sistema industrializado de producción de alimentos de origen animal y un sistema de explotaciones semejante a fábricas que no están sometidos a ningún tipo de normativa que les impida torturar a los animales «a su cuidado». Los procedimientos operativos estándar no están diseñados para ser crueles. No es ni su objetivo ni su intención. Están diseñados para ser rentables. Lo que sucede es que, si lo más rentable es confinar a los animales en condiciones semejantes a las de Auschwitz o Dachau, eso es lo que sucederá.

Y eso es lo que sucede.

Cuesta describir con precisión el terrible trato al que se somete de forma rutinaria a los animales de cría en la actualidad. La industria sabe que la población general es amante de los animales, por lo que se esfuerza al máximo en impedir que el público descubra lo que sucede en las naves sin ventanas donde hay decenas de miles de gallinas encerradas y hacinadas en cajas hasta el punto que, durante toda su vida, no podrán desplegar las alas ni una sola vez; les cortan el pico para que no se mutilen y se maten entre ellas, enfurecidas por el modo en que se las obliga a vivir. La industria no quiere que sepamos cómo viven los animales cuando se les prepara para el sacrificio. No quieren que sepamos que las vacas

lecheras viven también hacinadas en unidades de engorde, donde apenas pueden moverse y donde jamás probarán un brote de hierba. Por eso, la industria nos inunda con campañas publicitarias que afirman que «este fantástico queso procede de vacas felices» y nos muestra imágenes de vacas pastando tranquilamente en valles verdes.

Nos muestran anuncios con vacas felices, gallinas felices... Y todo es mentira. Es completamente deshonesto, pero no ilegal. Puede hacer lo que se le antoje con un animal del que vaya a vender la carne, la leche o los huevos y puede mentir tanto como quiera al respecto, gracias a la distinción semántica que hemos hecho entre unos animales y otros. A unos los queremos; a los otros, no solo los matamos sino que los torturamos.

Y, de algún modo, conseguimos racionalizarlo y olvidar que todas esas criaturas tienen algo increíblemente importante en común. Todas ellas respiran el mismo aire que nosotros. Todas ellas forman parte de la comunidad terrestre. Alguien muy sabio dijo una vez que «Todas las criaturas de Dios tienen su lugar en el coro».

En *Por qué amamos a los perros, nos comemos a los cerdos y nos vestimos con las vacas*, Melanie Joy explora, de un modo brillante, el sistema de creencias que nos lleva a amar a unos animales y no a otros, a comernos a unos animales y no a otros y a tratar bien a unos animales, pero no a otros.

No se trata de un libro importante. Se trata de un libro crucial. Si queremos sanar nuestra relación con el reino animal, debemos escuchar, y escuchar con mucha atención, lo que Melanie Joy tiene que decirnos.

Debemos recuperar la conexión con todos los animales. Y no solo por su bien. Hay mucho más en juego que el derecho animal. Es cuestión de responsabilidad humana. Enseñar a un niño a no pisotear a las orugas es tan beneficioso para el niño como para las orugas.

Mahatma Gandhi dijo una vez: «Podemos medir la grandeza y el progreso moral de una nación por el modo en que trata a sus animales». No creo que se refiriera únicamente a algunos animales; no creo que se refiriera únicamente a nuestras mascotas.

Creo que a Gandhi le hubiera encantado *Por qué amamos a los perros, nos comemos a los cerdos y nos vestimos con las vacas*. Se trata de un libro que puede hacerle cambiar su manera de pensar y de vivir. Le llevará de la negación a la toma de conciencia, de la pasividad a la acción, de la resignación a la esperanza.

JOHN ROBBINS,
verano de 2011.



Agradecimientos

PLAZA Y VALDES

Este libro es el resultado de un proyecto que empezó hace ya muchos años con una idea que se transformó en una tesis doctoral que, a su vez, creció hasta convertirse en el volumen que tiene en sus manos. A lo largo de todos estos años, son muchas las personas que me han ayudado a dar forma a mis ideas y a encontrar las palabras adecuadas, además de haberme brindado su apoyo, tanto a nivel profesional como personal. Les estoy eternamente agradecida a todas ellas. Quiero expresar mi agradecimiento a Aimee Houser, mi fantástica editora, que me ha inspirado y acompañado en cada paso del camino; a mi agente, Patti Breitman, que creyó en el proyecto y se aseguró de que encontrara un hogar; a Erik Williams, mi compañero y mi amigo, cuyo amor me sostiene; a Clare Seletsky, que me ha apoyado hasta el final; a Caroline Pincus y a Bonni Hamilton, de Red Wheel/Weiser, por su entusiasmo y su apoyo; a Carolyn Zaikowski, que me insistió para que escribiera este libro; a Bonnie Tardella, por su incansable labor de corrección; a Janice Goldman, George Bournakis, Herb Pearce y Susan Solomon por ser mis salvavidas; a Anna Meigs, por su sabiduría y por haberme guiado; a Ruth y Jake Tedaldi, que me ayudaron cuando más lo necesitaba; a Teri Jessen, por su visión; a Bonnie y Perry Norton, por creer en mí y darme la oportunidad de desarrollar mi trabajo; a

Fred y Claudette Williams; Dina Aronson; John Adams; Stephen Cina; Adam Wake; Linda Riebel; Michael Greger; Zoe Weil; V. K. Kool; Ken Shapiro; Stephen Shainbart; Hillary Rettig; Rita Agrawal; Eric Prescott; Laureano Batista; John Balk; y Robin Stone. Por último, quiero trasladar mi agradecimiento a mis amigos y a mi familia, por todo su apoyo durante este larguísimo camino.



CAPÍTULO UNO

¿Para amar o para comer?

*No vemos las cosas tal y como son;
vemos las cosas tal y como somos nosotros.*

ANAÏS NIN

PLAZA Y VALDES

Imagine por unos instantes la situación siguiente: una amiga le ha invitado a una cena elegante. Está sentado junto a otros invitados, en una mesa dispuesta con esmero. La temperatura es agradable, la luz de las velas se refleja en las copas de cristal y la conversación fluye animadamente. De la cocina emanan aromas sublimes que consiguen que la boca se le haga agua. No ha comido en todo el día y le empieza a rugir el estómago.

Por fin, después de lo que parecen varias horas, su amiga, la anfitriona, emerge de la cocina con una cazuela humeante y llena de estofado. El aroma de la carne, de las especias y de las verduras inunda la habitación. Se sirve una ración generosa y después de haber ingerido varios trozos de la melosa carne le pregunta a su amiga si le daría la receta.

«Claro que sí» le contesta. «Primero coges un kilo de carne de *Golden retriever*, marinada desde la noche antes y luego...» ¿Ha dicho *Golden retriever*? Probablemente se haya quedado petrificado, con la boca aún llena, mientras piensa en lo que acaba de escuchar. ¡Tiene la boca llena de carne de *perro*!

¿Y ahora qué? ¿Sigue comiendo? ¿O la idea de que haya un *Golden retriever* en su plato y de habérselo comido le resulta in-

soportable? ¿Aparta la carne y se limita a comer las verduras de la guarnición? Si es como la mayoría de occidentales*, en cuanto escuche que está comiendo perro, la sensación de placer se transformará automáticamente en un asco más o menos intenso. Es posible que le repugnen hasta las verduras del estofado, como si hubieran quedado contaminadas por la carne.

Ahora, imagine que su amiga se echa a reír y le dice que solo era una broma. La carne no es de *Golden retriever*, sino de ternera. ¿Cómo se siente ahora acerca de la comida? ¿Ha recuperado el apetito? ¿Sigue comiendo con el mismo entusiasmo que al empezar a cenar? Lo más probable es que, aunque sabe que el estofado del plato es exactamente el mismo que estaba disfrutando hace solo unos instantes, sienta cierto malestar emocional residual, un malestar que posiblemente regrese la próxima vez que le presenten un estofado de ternera.

¿Qué acaba de suceder? ¿Por qué hay comida que provoca reacciones emocionales tan intensas? ¿Cómo es posible que un mismo plato nos resulte enormemente apetitoso si le ponemos una etiqueta, pero absolutamente incomible si le ponemos otra? El ingrediente principal del estofado (carne) no ha cambiado en absoluto. Desde el principio sabíamos que se trataba de carne animal. Lo que ha sucedido es que se ha convertido (o eso nos ha parecido durante unos momentos) en carne de otro animal. ¿Por qué reaccionamos de un modo tan distinto ante la carne de ternera y la carne de perro?

La respuesta a estas preguntas puede condensarse en una única palabra: *percepción*. Reaccionamos de un modo distinto ante distintos tipos de carne, no porque haya diferencias físicas entre ellas, sino porque las percibimos de un modo distinto.

EL PROBLEMA DE COMER CARNE DE PERRO

Este cambio de percepción es como cambiar de carril en una vía de dos sentidos: cruzar la línea continua altera radicalmente nues-

* Aunque puede haber personas que sienten curiosidad en lugar de asco por la idea de comer perro, suponen una minoría en la cultura occidental y este libro describe la experiencia occidental, en general.

CAPÍTULO DOS

El carnismo: «Las cosas son así»

Lo que no se ve se parece mucho a lo que no existe.

DELOS B. MCKOWN

Los límites de mi lenguaje limitan mi mundo.

LUDWIG WITTGENSTEIN

En el Capítulo 1 hemos hecho un experimento mental. Hemos imaginado que usted estaba en una cena en la que le estaban sirviendo una comida deliciosa, hasta que su amiga le ha dicho que el estofado tenía carne de perro. Hemos explorado sus reacciones a esta declaración y, posteriormente, a la afirmación por parte de su amiga de que había sido una broma y que, en realidad, estaba comiendo ternera.

Ahora probaremos con otro ejercicio. Dedique unos minutos a pensar, sin autocensurarse, en todas las palabras que le vengan a la mente cuando piensa en un perro. Ahora, haga lo mismo, pero pensando en un cerdo. Deténgase un momento y compare las descripciones que ha hecho de ambos animales. ¿Qué ve? Al pensar en el perro, ¿ha pensado «gracioso» y «leal»? Y, al pensar en el cerdo, ¿le han venido a la mente palabras como «barro» o «sudor»? ¿Ha pensado «sucio»? Si sus respuestas se parecen a estas, forma parte de la mayoría.

Enseño Psicología en la universidad y cada semestre dedico una clase entera a las actitudes hacia los animales. Literalmente, he ense-

ñado a miles de alumnos a lo largo de los años, pero en todas y cada una de las ocasiones en las que hacemos este ejercicio, la conversación sigue prácticamente las mismas pautas y obtengo respuestas muy similares.

Para empezar, tal y como acabo de hacer con usted, pido a los alumnos que enumeren las características de los perros y luego, las de los cerdos y anoto en la pizarra ambas listas a medida que se van generando. En la lista de los perros, suelen aparecer los adjetivos que ya he mencionado, además de «amistoso», «divertido», «cariñoso», «inteligente», «protector» y, a veces, «peligroso». No es sorprendente que los adjetivos con los que se describe a los cerdos sean mucho menos amables: «sudoroso» y «sucio», además de «tonto», «holgazán», «gordo» o «feo». A continuación, les pido que expliquen qué sienten por cada una de estas especies. De nuevo, no debería sorprenderle que, por lo general, los alumnos afirmen que los perros les gustan (con frecuencia, los quieren) y que los cerdos les dan asco. Para terminar, les pido que describan la relación que tienen con los perros y con los cerdos. Obviamente, los perros son amigos y miembros de la familia, mientras que los cerdos son comida.

A estas alturas, los alumnos empiezan a mostrarse algo perplejos y a preguntarse hacia dónde va la conversación. Entonces, les planteo una serie de preguntas en relación a las afirmaciones que acaban de hacer, lo que desemboca en un diálogo parecido a este:

- ¿Por qué dices que los cerdos son holgazanes?
- *Porque se pasan el día tirados en el suelo.*
- Los cerdos salvajes, ¿hacen lo mismo o solo lo hacen los que se crían para consumo humano?
- *No lo sé. Quizás cuando están en las explotaciones.*
- ¿Por qué crees que los cerdos de las explotaciones (o de las explotaciones de cría intensiva, para ser más precisos) se tumban en el suelo?
- *Probablemente porque están en una jaula o en un chiquero.*

- ¿Por qué son tontos los cerdos?
- *Porque lo son.*
- En realidad, los cerdos son más inteligentes que los perros.

CAPÍTULO TRES

Cómo son las cosas *en realidad*

*Haz que la mentira sea grande y sencilla y repítela.
Al final, todos creerán que es verdad.*

ADOLF HITLER

PLAZA Y VALDES

Si es como la mayoría de occidentales, la carne es un ingrediente básico en su dieta. Es probable que coma carne una vez al día, si no más. Piense en lo que ha comido a lo largo de la última semana. ¿Cuántas comidas han consistido en alguna forma de pollo, ternera, cerdo o pavo? ¿Ha desayunado salchichas o *bacon*? ¿Ha merendado bocadillos de jamón o de pechuga de pollo? ¿Ha cenado hamburguesa o alitas de pollo? ¿Cuánta carne calcula que ha comido en la última semana? ¿Y el mes pasado? ¿Y durante todo el año?

El Departamento de Agricultura de EE. UU. (U.S. Department of Agriculture o USDA, en inglés) estima que el estadounidense promedio consume unos 40 kilogramos de pollo, 8 kilogramos de pavo, 30 kilogramos de ternera y 23 kilogramos de cerdo al año. Si añadimos medio kilogramo de cordero y medio de ternera lechal, cada estadounidense come un total de 102 kilogramos de carne al año.¹ Dado que la población actual de EE. UU. es de 300 millones de habitantes, estamos hablando de muchísima carne... y de muchísimos animales.

Para ser exactos, la agroindustria animal estadounidense mata a 10.000 millones de animales al año, y eso sin incluir a los 10.000 mi-

llones de peces y otros animales marinos que también se matan cada año. Son 19.011 animales por minuto o 317 animales por segundo. Mientras ha leído estos tres párrafos, en EE. UU. han muerto casi sesenta mil animales.

Para que pueda hacerse una idea, la población de 10.000 millones de animales de cría que hay en EE. UU. prácticamente duplica a la población humana mundial. Es 33 veces superior a la población de EE. UU., 1.250 veces superior a la de la ciudad de Nueva York y 2.500 veces superior a la de Los Ángeles.

Otra manera de reflexionar sobre esta cifra es que, si quisiéramos meter a 10.000 millones de personas en un campo de fútbol americano, necesitaríamos 263.000 campos para que cupieran todas, una extensión de terreno igual a la de todo Houston. O, si pusiéramos en fila a 10.000 millones de personas, la fila tendría una longitud de 32.186.888 kilómetros. Equivale a ir y volver de la Luna... cuatro veces. O a dar la vuelta a la Tierra ochenta veces. Y solo estamos hablando de los animales que se matan en un año. Piense en cómo aumentaría la cifra si hablásemos de cinco, diez o veinte años.

Obviamente, hacen falta muchísimos animales para producir la cantidad de carne que los estadounidenses, como nación, compran, venden y consumen. La carne es un gran negocio. Mejor dicho, la carne es un negocio gigantesco: la agroindustria animal estadounidense tiene unos ingresos anuales combinados de casi 125.000 millones de dólares.² Piense en las innumerables tiendas, restaurantes, cafeterías y hogares que almacenan carne. Hay carne, literalmente, allá donde vayamos.

Entonces, ¿dónde están todos esos animales?

¿DÓNDE ESTÁN?

De los miles de millones de animales que se han criado, transportado y matado durante el último año, ¿cuántos ha visto? Si vive en una ciudad, es muy probable que no haya visto prácticamente ninguno. Sin embargo, imaginemos que vive en el campo. ¿Cuántas vacas ha visto pastando en las colinas? ¿Un rebaño de cincuenta, si llega? ¿Y si le pregunto por los pollos, los cerdos o los pavos? ¿Ha

CAPÍTULO CUATRO

Daños colaterales: las otras víctimas del carnismo

Los hechos no dejan de existir porque dejemos de pensar en ellos.

ALDOUS HUXLEY

PLAZA Y VALDES

En el Capítulo 3 hemos explorado la vida y la muerte de los animales que se crían más habitualmente para el consumo de carne, huevos y productos lácteos en EE. UU. En aras de la brevedad, no he hablado de animales de consumo menos frecuente, como corderos, cabras y patos. Tampoco he mencionado a un importante grupo de animales que son las otras víctimas del carnismo, animales que constituyen los *daños colaterales* de la agroindustria animal y a los que con demasiada frecuencia se pasa por alto.

Al igual que los cerdos y el resto de especies de las que hemos hablado, a la gran mayoría de estos animales (son más de 300 millones) se la trata como si fueran mercancía, pues no son más que un medio para un fin. Al igual que sucede con los otros animales, su bienestar supone una merma de los beneficios. Y, al igual que sucede con los otros animales, la ley les ofrece escasa protección.

Estas otras bajas del carnismo ocupan muy pocas veces el centro del debate sobre la producción de carne. También son víctimas invisibles, no porque no se las vea, sino porque no se las reconoce como tales. Son los animales humanos. Son los trabajadores de las

empresas, las personas que viven cerca de los contaminantes EEAC, los consumidores de carne, los contribuyentes... Somos usted y yo. *Nosotros* somos los daños colaterales del carnismo. Pagamos con nuestra salud, con nuestro entorno y con nuestros impuestos: en EE. UU., 7.640 millones de dólares anuales, para ser exactos.¹

Los trabajadores de las plantas de despiece de carne pasan prácticamente todas sus horas de vigilia en fábricas atestadas con suelos cubiertos de sangre y grasa.² El ritmo incansable de las líneas de despiece los mantiene en riesgo constante de accidentes graves. Y los empleados de EEAC (expuestos a los gases nocivos que emanan de los residuos concentrados) pueden desarrollar enfermedades respiratorias graves, disfunciones reproductivas, degeneración neurológica, episodios convulsivos y coma.³ Las condiciones laborales tan enrarecidas y peligrosas pueden provocar otros muchos trastornos físicos, pero estos empleados apenas reciben atención médica porque es más rentable perder a algunos de ellos prematuramente que atender a sus necesidades físicas. No es sorprendente que, al igual que el resto de animales a los que hay que espolear cuando se resisten a cumplir órdenes, los trabajadores de las fábricas animales sufran maltrato físico y psicológico si no responden como se espera de ellos.

Las personas que viven cerca de EEAC pueden resultar intoxicadas por los residuos de las fábricas, como los sulfitos y los nitratos. Estas toxinas contaminan el aire y el agua potable y pueden provocar asma e irritación ocular crónicas, bronquitis, diarrea, cefaleas severas, náuseas, abortos espontáneos, malformaciones fetales, muerte súbita del bebé y brotes de enfermedades víricas y bacterianas.

Y los consumidores de carne (unos 300 millones en EE. UU.) ingieren, sin saberlo, una gran variedad de contaminantes. La carne que comemos suele estar aderezada con hormonas sintéticas (algunas de las cuales se han vinculado al desarrollo de varios tipos de cáncer y se han prohibido para el consumo humano y animal en la Unión Europea), dosis masivas de antibióticos, pesticidas, herbicidas y fungicidas tóxicos y carcinógenos conocidos, cepas potencialmente mortales de bacterias y de virus, petróleo, cadáveres de ratas envenenadas, tierra, pelo y heces.⁴

CAPÍTULO CINCO

La mitología de la carne: justificación del carnismo

Si creemos absurdos, cometeremos atrocidades.

VOLTAIRE

PLAZA Y VALDES

*El mayor enemigo de la verdad es el respeto irreflexivo
a la autoridad.*

ALBERT EINSTEIN



Es una tarde soleada y el zoológico infantil situado frente al supermercado local ha atraído a más gente de lo habitual. Tanto niños como padres se aprietan contra la valla de madera, algunos inclinados por encima con los brazos extendidos. Saco una de las zanahorias que he traído para la ocasión y se la ofrezco a un lechón, con la esperanza de atraerle y poder acariciarlo. Por algún motivo, siempre siento la necesidad de conectar físicamente con los animales. El deseo de tocarlos y acariciarlos es casi instintivo.

Y no soy la única. Observo a los niños, con los ojos bien abiertos y que gritan de placer cuando uno de los lechones acepta sus regalos y consiguen acariciarle la mejilla o la cabeza. Veo a los adultos reír con afecto cuando el animalito engulle la comida sin pensar y haciendo caso omiso de las manos infantiles que lo rodean. Me fijo en la atención que recibe una vaca solitaria, a la que llaman desde todas partes. Cuando, sin motivo aparente, escoge mi manojo de hierbas,

siento que me embarga la ternura. Le acaricio la nariz aterciopelada, mientras los niños se acercan para tocarle la cabeza y el cuello.

Las gallinas también despiertan interés y diversión. Los niños se ponen en cuclillas para pasar migas de pan a través de las aberturas de la valla, sonriendo de oreja a oreja cuando las aves picotean el suelo y, de vez en cuando, se detienen y miran a la multitud inclinando la cabeza. Como es de esperar, los espectadores comentan lo adorables que son los polluelos, cubiertos de pelusa, que pían y saltan sin objetivo aparente.

Es algo digno de ver. Los niños ríen y aplauden, las madres y los padres sonríen y todo el mundo está decidido a tocar y a ser tocado por los cerdos, las vacas y las gallinas. Sin embargo, estas personas que sienten el impulso incontenible de entrar en contacto con los animales y que, de niños, quizás lloraron al leer *Charlotte's Web* y dormían abrazados a sus cerdos u ovejas de peluche, esas mismas personas pronto se irán del supermercado con las bolsas cargadas de ternera, jamón y pollo. Esas personas, que sin duda se lanzarían al socorro de cualquiera de los animales del corral si le vieran sufrir, por algún motivo no se *indignan* por el hecho de que 10.000 millones de ellos sufran innecesariamente cada año en los confines de una industria que no debe responder de sus acciones.

¿A dónde ha ido a parar la empatía?

LAS TRES «N» DE LA JUSTIFICACIÓN

Para ser capaces de consumir la carne de las mismas especies que hemos estado acariciando hace tan solo unos minutos, debemos creer tan plenamente en la justicia de comer animales que ni somos conscientes de lo que hacemos. Para ello, nos enseñan a aceptar una serie de mitos que mantienen vivo el sistema carnista y a pasar por alto las incongruencias de lo que nos contamos a nosotros mismos. Las ideologías violentas dependen de presentar la ficción como la verdad y de desalentar cualquier tipo de pensamiento crítico que amenace con hacer evidente esta realidad.

Todo lo que concierne a la carne está rodeado de mitología, pero todos los mitos se relacionan, de un modo u otro, con lo que deno-

CAPÍTULO SEIS

La lente del carnismo: interiorizar el carnismo

*El mayor enemigo del conocimiento no es la ignorancia sino
la ilusión de conocimiento.*

STEPHEN HAWKING

PLAZA Y VALDES

Imagine que todo lo que constituye su realidad (su casa, su trabajo, su familia, su *vida*) no fuera más que una ilusión, una realidad virtual fabricada por una matriz informática a la que están conectados, tanto su cerebro como el resto de cerebros humanos. Imagine que esta matriz nos utiliza como si fuéramos baterías, que absorbe nuestra energía para seguir viva y evita que nos rebelemos, manteniéndose invisible para proporcionarnos la ilusión de libertad. Este es el argumento de *Matrix*, la película que resonó con tanta fuerza en millones de espectadores y que se convirtió automáticamente en un clásico moderno. Los clásicos alcanzan este estatus porque apuntan directamente a la experiencia humana. Dan voz a verdades que hasta el momento habían permanecido ocultas y, por tanto, mudas. *Matrix* nos reta a que cuestionemos lo que vemos y la relación que establecemos con lo que vemos. Nos reta a ser curiosos acerca de lo que pensamos y a preguntarnos por qué lo pensamos. Morfeo, uno de los personajes principales, se lo explica así a Neo, el protagonista:

Matrix nos rodea. Está por todas partes, incluso ahora, en esta misma habitación. Puedes verla si miras por la ventana o al encender la televisión. Puedes sentirla, cuando vas a trabajar, cuando vas a la iglesia, cuando pagas tus impuestos. Es el mundo que ha sido puesto ante tus ojos para ocultarte la verdad. [Es] *una prisión para tu mente*.

La mente de Neo era prisionera de Matrix, un sistema tan integrado que le había despojado de la capacidad de pensar por sí mismo. Y, al aceptar las ilusiones de Matrix como si fueran la realidad, Neo contribuía a dotar de apariencia de autenticidad al sistema. Era simultáneamente prisionero y captor, víctima y perpetrador.

Del mismo modo, la Matrix de carne que es el carnismo nos obliga a ser partícipes de nuestra propia coerción y a hacer el trabajo del sistema por él: negamos, evitamos y justificamos el carnismo. Cuando nuestras mentes son prisioneras del carnismo, vemos al mundo y a nosotros mismos a través de la lente del sistema. En consecuencia, no nos comportamos como somos, sino como el sistema quiere que seamos. Entonces, somos consumidores pasivos en lugar de ciudadanos activos. Los mecanismos del sistema han arraigado en nuestra conciencia. Hemos *interiorizado* el carnismo.

LA TRÍADA COGNITIVA

El carnismo distorsiona la realidad: que no veamos a los animales que comemos no significa que no existan. Que el sistema carezca de nombre no significa que no sea real. Por lejos que lleguen y por profundamente arraigados que estén, los mitos de la carne no son los hechos de la carne.

El carnismo interiorizado distorsiona nuestra *percepción* de la realidad. Aunque los animales son seres vivos, los percibimos como cosas vivas; aunque son seres individuales, los percibimos como abstracciones, como un «grupo» de cosas y, en ausencia de datos objetivos y de apoyo, percibimos que su aptitud para el consumo humano es una característica inherente a sus especies. Por ejemplo,

CAPÍTULO SIETE

Dar testimonio: del carnismo a la compasión

En los tiempos oscuros, los ojos empiezan a ver.

THEODORE ROETHKE

Un día, nuestros nietos nos preguntarán:

¿Dónde estabas durante el holocausto animal?

¿Qué hiciste para combatir estos crímenes horribles?

*No podremos ofrecer la misma excusa dos veces,
decir que no lo sabíamos.*

HELMUT KAPLAN

En noviembre de 1995, la vaca Emily estaba en una fila de bovinos en un matadero de Nueva Inglaterra, esperando su turno para pasar por las puertas batientes que daban a la zona de sacrificio. Quizás fuese el olor de la sangre o el hecho de ver que las vacas que habían pasado delante de ella no habían vuelto a salir, pero Emily rompió la fila súbitamente, echó a correr hacia la verja de metro y medio de altura que rodeaba el terreno e hizo saltar sus 680 kilogramos de peso por encima. Huyó a través del bosque y eludió a los trabajadores que salieron en su persecución, que aún no daban crédito a lo sucedido.

Durante cuarenta helados días y sus correspondientes noches, Emily se ocultó de sus perseguidores en las zonas boscosas de

Hopkinton (Massachusetts), una pequeña ciudad rural en el corazón de Nueva Inglaterra. Y aunque A. Rena & Sons, los propietarios del matadero del que Emily había escapado, estaban decididos a capturarla, los habitantes de la zona estaban igualmente decididos a ayudarla en su huida hacia la libertad. Los ganaderos le dejaron balas de heno y los residentes desorientaron deliberadamente a la policía, ofreciendo información falsa sobre su ubicación.

Lewis y Megan Randa, fundadores del cercano Peace Abbey, un centro espiritual y de formación para la vida no violenta, se enteraron de la desesperada situación de Emily y se ofrecieron a comprarla a A. Arena & Sons, con la esperanza de que pudiera vivir en el pequeño santuario animal que albergaban sus instalaciones. La historia de Emily conmovió a Frank Arena, el propietario del matadero, y accedió a vender la vaca por tan solo un dólar, cuando valía quinientos. Este inesperado acto de bondad fue seguido por otro, ya que la productora cinematográfica Ellen Little, que había comprado los derechos de la historia de Emily por una cantidad suficiente como para cubrir su manutención durante toda su vida, donó diez mil dólares adicionales para que le construyeran un establo nuevo y un centro formativo adyacente centrado en cuestiones animales.

Emily, que había sido una vaca lechera anónima, se convirtió en un ser individual que inspiró compasión a las muchas vidas con las que entró en contacto. Personas de todo el mundo dijeron que habían dejado de comer carne al conocer su historia. Sus defensas carnistas se derrumbaron y fueron sustituidas por la compasión. ¿Por qué otro motivo habría ayudado una comunidad de consumidores de carne y de ganaderos a una vaca huida del matadero? ¿Por qué otro motivo iba el dueño de un matadero a donar su vaca a un santuario animal que, además, era un centro de formación para vegetarianos?

Emily vivió el resto de sus días en Peace Abbey y falleció a los diez años de edad, por un cáncer de útero. Su entierro despertó interés en todo el mundo y los testimonios se prolongaron durante más de una hora. Uno de ellos en concreto capturó la esencia de la historia de Emily:

Guía para el grupo de lectura del libro

PLAZA Y VALDES

Capítulo 1. ¿Para amar o para comer?

Las personas tienden a presentar distintos niveles de tolerancia a la hora de comer cortes de carne «poco habituales». Por ejemplo, algunos consumidores de carne evitan cortes atípicos (p. ej. cuellos de pavo) mientras que otros son más «aventureros» y están dispuestos a probar distintos tipos de carne. ¿Por qué cree que sucede y cómo pueden influir estas diferencias en el debate de si comer animales es ético o no?

- ¿Por qué exactamente la empatía es «intrínseca a nuestra identidad» y cómo puede afectar a nuestra capacidad empática general el bloqueo de la empatía hacia determinadas especies?
- Antes de leer la escena sobre la cena al principio del capítulo, ¿se había preguntado alguna vez por qué comemos unos animales y no otros? Si no, ¿por qué no? En caso afirmativo, ¿cuándo y por qué?
- ¿Alguna vez se ha sentido incómodo al comer determinados cortes de carne «normales»? ¿Por qué? ¿Cómo reaccionó ante el malestar?

- ¿En algún momento de su vida ha tenido una imagen negativa de los vegetarianos y los veganos? ¿Qué imagen tenía y por qué cree que mantenía esas creencias?

Capítulo 2. El carnismo: «Las cosas son así»

El especismo es la ideología que considera correcto considerar que unos animales son mejores que otros. ¿Cómo conforma el especismo al carnismo? ¿En qué se parecen y se diferencian las dos ideologías?

- El carnismo, ¿es lo «contrario» al vegetarianismo o al veganismo?
- Las feministas han tenido éxito en sus esfuerzos por cuestionar el sexismo, pero no afirmando que todo el mundo debería ser feminista, sino exponiendo la ideología del patriarcado, la ideología que permite el sexismo. La mayoría de personas no apoya el sexismo, pero tampoco se consideran feministas. ¿Cómo podrían utilizar un marco parecido quienes desean cuestionar el carnismo?
- El carnismo reconfigura el consumo de carne para que la práctica no se entienda como una cuestión de ética personal, sino como el resultado final e inevitable de un sistema de creencias profundamente arraigadas. ¿Cómo puede esta reconfiguración convertir el consumo de animales en una cuestión de justicia social y qué implicaciones tiene para la defensa del vegetarianismo y del veganismo?

Capítulo 3. Cómo son las cosas *en realidad*

Este capítulo se centra en la crueldad inherente a las explotaciones de cría intensiva o EEAC, en las que se produce la mayoría de la carne que consumimos. ¿Cree que el concepto de carnismo también es aplicable a las explotaciones familiares más pequeñas? ¿Por qué sí o por qué no?

Recursos*

PLAZA Y VALDES

I. Cómo pasar a una dieta sin carne

The Ultimate Vegan Guide: Compassionate Living without Sacrifice, de Erik Marcus

Es un libro breve y fácil de leer, que explica a los lectores todo lo que necesitan saber para adoptar un estilo de vida sano y sin carne. Algunos de los temas que abarca son por qué dejar de comer carne, recetas, nutrición, hacer la compra y salir a cenar, entre muchos otros.

Physicians Committee for Responsible Medicine (PCRM)

www.pcrm.org

Esta página web ofrece pautas para emprender una vida vegetariana, consejos para reducir el consumo de carne y una enorme cantidad de información útil sobre salud y nutrición.

Vegetarian Resources Group (VRG)

www.vrg.org

Aquí encontrará respuestas a las preguntas más habituales sobre el estilo de vida y la nutrición vegetarianos, información acerca

* *Nota:* los libros y páginas web que aparecen en esta sección están en lengua inglesa.